

ó villas pertenecientes á la otra, se las restituirían mutuamente sin dilacion. Estos artículos se habían de presentar al papa para su aprobacion, conviniendo en no desistir de ello hasta que á uno y á otro les diese la correspondiente investidura (1). El tratado se ratificó por el Rey Católico en Granada (11 de noviembre, 1500).

Tal fué el famoso tratado de particion del reino de Nápoles, hecho por propia autoridad entre dos monarcas, contra otro que estaba en tranquila posesion de aquel trono, que en nada les habia ofendido, y á quien el rey de Aragon habia colocado en él con sus armas. Cuatro príncipes de la misma dinastía habían llevado ya aquella corona; pero Fernando, remontándose á su origen, negaba el derecho de Alfonso V á disponer en favor de un hijo natural, y con perjuicio de los legítimos herederos, de un reino ganado con las armas aragonesas. Nunca, decia, habia renunciado á esta reclamacion, y solo la habia diferido por las circunstancias. La opinion pública, así en Aragon como en toda España, se le mostró favorable. Sin embargo, suponiendo la legitimidad del derecho, no alcanzamos cómo pueda justificarse, si no acudimos á la política usada en aquel tiempo, ni la particion entre dos potencias que no tenían iguales títulos, ni la proteccion dispensada antes á don Fadrique y el empeño de reponerle en el trono con el propósito de derrocarlo despues, sin que para ello diese nueva causa (2).

En virtud del convenio, el monarca francés puso en movimiento un ejército de diez mil infantes y mil lanzas en direccion de Nápoles al mando del veterano Aubigny, el que anteriormente habia hecho la guerra de Calabria contra el Gran Capitan, mientras de Génova salia en la propia direccion una armada de seis mil quinientos hombres á las órdenes de Felipe de Ravenstein. Como el tratado de particion estaba todavia secreto, todos fijaron su vista en el rey don Fernando de España y en Gonzalo de Córdoba, suponiendo que no tardarian en declararse, como la vez primera, los protectores de don Fadrique para resistir ó rechazar la invasion francesa. Don Fadrique era el único en Italia que sabia, por cartas que habia recibido de sus embajadores, que no tenia que esperar nada del monarca español, pero ignoraba todavia lo del tratado. Fernando lo habia comunicado secretamente al Gran Capitan. Los franceses atravesaron la frontera de Nápoles (julio, 1501), y siguieron avanzando sin resistencia hasta Capua. Costosísima fué á esta ciudad la que quiso oponer al invasor. Á los ocho dias de ataques, y cuando el gobernador Fabricio Colona estaba conferenciando sobre la rendicion, entraron los franceses saqueando y degollando con bárbara impiedad: las mujeres, sin distincion de estados, aun las vírgenes consagradas á Dios, fueron miserable triunfo á la licencia y al desenfreno de los vencedores: muchas vendieron despues en Roma á bajísimos precios, y otras por no sucumbir á tan vergonzosos ultrajes, se arrojaron á los pozos ó al río (3). La horrible suerte de Capua aterró á las demás ciudades; entregóse Gaeta y los franceses prosiguieron, detestados, pero triunfantes.

Mientras por su parte el Gran Capitan preparaba su invasion por la Calabria y la Pulla, el papa Alejandro VI, informado por el monarca francés del tratado de particion, no

(1) Dumont, en el Cuerpo diplomático, tom. III, inserta íntegro el tratado.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IV, c. 22.

(2) Salazar de Mendoza, Zurita, y otros historiadores castellanos y aragoneses, así antiguos como modernos, acumulan con afanosa prolijidad cuantas razones han podido discurrir para probar el derecho de la casa de Aragon á la corona de Nápoles. Nosotros, sin negar el derecho, y tal vez por lo mismo que el rey don Fernando podia alegarle y defenderle, no podemos, á fuer de severos é imparciales historiadores, aplaudir ni el tratado de particion, ni la contradiccion entre su conducta anterior y posterior con el rey don Fadrique.

(3) Añaden los historiadores italianos, que habiéndose refugiado muchas en una torre, el duque de Valentinois, antes cardenal César Borgia, hijo del papa, que seguía el ejército francés como lugarteniente del rey quiso ver aquellas desgraciadas, y retuvo para sí cuarenta de las mas hermosas.—Guicciardini, lib. V, p. 201, edic. de Madrid 1683.—Sunmonte, *Istor. di Napoli*, tom. III, lib. 6.—Giannone, *Ist. di Napoli*, lib. 29.—Zurita no habla mas que del saqueo de Capua, y de la prision de Fabricio Colona y de Hugo de Cardona.

solamente aprobó aquella concordia, sino que accedió gustoso á otorgar á los soberanos de Francia y España la respectiva investidura de la parte del reino de Nápoles que cada cual se habia adjudicado, declarando á don Fadrique indigno de la posesion de aquel reino por el favor que habia pedido á los infieles: y para dar mas á entender que el celo por la cristiandad era el que le impulsaba á fulminar aquella destitucion, quiso formar parte de la liga española y veneciana contra los turcos. Sin embargo, nadie olvidaba la causa y principio de su desabrimiento con el rey don Fadrique, que fué la obstinada negativa de este á dar su hija al cardenal César Borgia.

Gonzalo de Córdoba se veia en una situacion delicada y comprometida. Como súbdito español, tenia que obedecer á su rey, que le mandaba apoderarse de los Estados de don Fadrique, de aquel don Fadrique á quien debia grandes estados y mercedes, juntamente con el título de duque de Santángelo, como recompensa de sus servicios anteriores. Como caballero de honor, no podia Gonzalo conservar tales títulos y mercedes recibidas de un rey á quien iba á despojar de la mitad de sus Estados. Obrando, pues, como caballero, renunció los estados y le devolvió el título, pidiéndole le relevara de las obligaciones de fidelidad. Pero don Fadrique, aunque desgraciado, excedió al Gran Capitan en lo generoso. Accediendo solo á dispensarle de aquellas obligaciones, le respondió que él sabia apreciar las virtudes, aun en sus enemigos, y que no solo no revocaba las honras que por sus anteriores servicios le habia hecho, sino que las acrecentaría si pudiese. Admirable rasgo de magnanimidad en un príncipe maltratado y caído (4). Con esto pasó Gonzalo el Faro, desembarcó con su pequeño ejército en Tropea, y en menos de un mes sometió las dos Calabrias, donde tantos recuerdos habian quedado de sus anteriores triunfos, á excepcion de la plaza de Tarento.

El desventurado don Fadrique, viéndose perdido y desamparado de todos, envió á decir al embajador español Francisco de Rojas que renunciaria al favor de los turcos y dejaria el reino, siempre que se le diese en España con qué sustentar su esposa, sus hijos y hermanos; pero el Rey Católico no queria sino que se le diese igual estado en Francia y en España, para que pudiese vivir mitad en un reino y mitad en otro. Por último, habiendo tenido que abandonar la capital á los franceses, y vivir algunos meses refugiado con su familia en la isla de Ischia, aconsejado por el almirante Ravenstein, se entregó finalmente á la generosidad de Luis XII, el cual le señaló en Francia el ducado de Anjou con rentas considerables para su mantenimiento, que le pagó siempre religiosamente, si bien ejerciendo sobre él la mayor vigilancia. En aquella especie de dorado cautiverio continuó don Fadrique hasta su muerte (5), y así acabó el último soberano de la rama bastarda de la casa de Aragon que ocupó el trono de Nápoles.

Faltaba al Gran Capitan someter la plaza de Tarento, la mas fuerte de Calabria, fundada sobre una isleta en lo mas estrecho del golfo de su nombre, y sin mas comunicacion con tierra que dos puentes defendidos por dos fuertísimos castillos. Á esta plaza habia enviado don Fadrique su hijo primogénito el duque de Calabria, joven de catorce años. Defendíala el conde de Potenza con buena guarnicion. Fiado Gonzalo en la posicion de la plaza, creyó que mejor que por ataque la rendiria por bloqueo, y levantando trincheras y reductos por tierra dispuso que las galeras de Juan Lezcano le cortaran toda comunicacion por mar. Toda Italia se hallaba en ansiosa expectacion del éxito de esta empresa. Prolongábase el asedio, y el ejército español padecía grandes trabajos por la falta de dinero y de mantenimientos, que comunmente el rey Fernando los escaseaba en demasia. Los soldados se quejaban y murmuraban, mas la murmuracion se convirtió en abierto tumulto cuando vieron la abundancia de provisiones y equipajes con que Gonzalo socorrió al almirante francés y á varios de sus oficiales que una tempestad arrojó á la costa de Calabria. «Mejor fuera, decian, que pagara lo que debe á los suyos

(4) Giovio, *Vite Illustr. Viror.*—Cron. del Gran Capitan, c. 21.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IV, c. 53.—Quintana, el Gran Capitan, 248.

(5) Murió en 1504.

## CAPÍTULO XVII

## GUERRAS DE ITALIA

## Gonzalo de Córdoba en Nápoles

DE 1502 Á 1503

Defectos del tratado de particion.—Pretensiones de los franceses.—Rompiamiento entre franceses y españoles.—Generales franceses: el duque de Nemours; Aubigny; Luis de Ars; Ivo de Alegre; Chabannes: el caballero Bayard.—El Gran Capitan se retira á Barletta.—Célebres combates caballerescos.—Triunfos de los caballeros españoles.—Prudente conducta de Gonzalo en Barletta.—Grande ejemplo de la constancia, sufrimiento y perseverancia española.—Conquista de Ruvo, y prision de Chabannes, señor de la Paliza.—Tratado de paz entre Francia y España celebrado entre Luis XII y el archiduque Felipe de Austria.—No le reconocen ni el Rey Católico ni el Gran Capitan, y prosigue la guerra.—Famosa batalla y glorioso triunfo de Gonzalo en *Cerriola*.—Muere el duque de Nemours.—Derrota de Aubigny en Seminara.—Entrada triunfal de Gonzalo de Córdoba en Nápoles.—Sométese aquel reino al dominio de España.—Indignacion de Luis XII y del pueblo francés.—Levántanse en Francia tres grandes ejércitos y dos grandes armadas.—Vienen dos de ellos á España.—Actividad de Fernando é Isabel.—Sitio de Salsas.—Ignominiosa retirada de los franceses.—Persigüelos el rey don Fernando personalmente hasta Narbona.—Pide tregua el francés.—Ajústase la tregua entre Francia y España.

Menester era no conocer absolutamente el corazon humano para esperar que el famoso tratado de particion del reino de Nápoles entre Francia y España fuese una prenda de paz y amistad entre los dos monarcas y las dos naciones, y no un germen funesto y un manantial fecundo de envidias y rivalidades, de tentaciones y abusos, de quejas y reclamaciones, de rompimientos, en fin, y de guerras entre los dos pueblos, de que habian de participar los Estados de la desdichada Italia, centro y teatro en que habian de debatirse las discordias.

Faltábale al famoso convenio todos los elementos que pudieran darle prendas de seguridad. Los principios de justicia no habian sido ni el móvil ni la base de la distribucion, y el derecho entre tres contendientes le fallaron dos de las partes interesadas, sacrificando á la tercera sin oírle. La buena fe que presidiera á la reparticion por parte de ambos monarcas podia suponerse, dado que los sucesos no la hubieran puesto en evidencia tan pronto. Provincias hermanas eran separadas violentamente y agregadas á pueblos que se regian por distintas leyes y tenían diferentes costumbres. Tropas hasta entonces enemigas se veian en contacto y á la presencia de los tentadores despojos que sus soberanos se habian repartido, y cuyos limites no se cuidaban ellas de deslindar. Y como si no bastasen estos elementos de discordias, habian quedado, ó por descuido ó de propósito, vaga y confusamente designadas en el tratado nada menos que tres provincias, el Principado, la Capitanata y la Basilicata, que era natural intentase cada cual aplicar despues á su dominio, como así aconteció.

Desde luego comenzaron las pretensiones de Luis XII á la Capitanata, que de cierto no estaba comprendida en su particion, so pretexto de que sus provincias valian menos que las del Rey Católico; los soldados franceses por su parte se intrusaban en las plazas de la Pulla, y las ocupaban como si perteneciesen á su soberano. A reprimir estas invasiones volvió Gonzalo de Córdoba su atencion tan pronto como sometió á

Zurita parece quiere disculparle, no por la justicia, sino por la conveniencia; y Mariana se contenta con decir: «No parece se le guardó (al duque de Calabria) lo que tenían asentado. En la guerra ¿quién hay que de todo punto lo guarde?» Hist. lib. XXVII, c. 12.

La aplicacion que mas favorece á Gonzalo, es la que hace Palou Jovio, escritor italiano y contemporáneo. Este dice que «Gonzalo, dudando el partido que debería tomar, consultó á varios juristas, y que estos decidieron que no estaba obligado á su juramento, porque era contrario á su obligacion para con el rey su señor, la cual era superior á todas las demás, y que al rey tampoco le ligaba aquel juramento por haberse hecho sin noticia ni intervencion suya.» *Vite Illustr. Vir. Lib. I.*—Si así fué, no sería muy de aplaudir la moralidad de los letrados, pero en Gonzalo rebañaría mucho el cargo y la responsabilidad de violador de su propio juramento.

que ser tan liberal con los extranjeros.» Estos y otros arranques de desahogo produjeron una formal insurreccion militar. Un soldado se atrevió á dirigir la pica al pecho de su general; Gonzalo la apartó suavemente diciéndole: «Alza esa pica, y mira lo que haces, no me hieras sin querer.» Un capitán vizcaino llamado Iciar, como oyese á Gonzalo asegurar á la tropa que pronto tendria fondos y seria socorrida, tuvo la audacia de decirle: «Que vaya tu hija á ganarlos y pronto los tendrás (1).»

Oyó Gonzalo la insolente increpacion sin inmutarse y sin darse entonces por entendido. Sosegó el motin, y se retiraron los soldados. Á la mañana siguiente amaneció el cadáver del osado vizcaino colgado de la ventana de su alojamiento. El espectáculo aterró á los demás, y aunque seguia el descontento, ninguno se atrevió á desmandarse; lo que hacian los quejosos era desertarse á las banderas de César Borgia, que andaba ofreciendo grandes pagas á los que quisieran seguirle (2).

Cansado el Gran Capitan de la prolongacion del sitio, activó y discurrió nuevos medios de ataque, que sorprendieron y consternaron á los de Tarento. El gobernador de la plaza, participando tambien de la consternacion, pidió á Gonzalo una suspension de hostilidades por dos meses hasta recibir instrucciones del padre del príncipe que se la habia confiado. Durante la tregua se pactó que si los sitiados no recibian ni provisiones ni socorro, se entregaria la plaza al general español, con la condicion de que dejara en libertad al duque de Calabria y á los suyos para ir donde quisiesen. Gonzalo de Córdoba aceptó la cláusula, y para asegurar de una manera solemne su cumplimiento, lo juró sobre la hostia sagrada á vista de todo el campo. El socorro no llegó, y la plaza se entregó á los españoles con arreglo al concierto (1.º de marzo, 1502).

Aunque por los términos de la capitulacion no se podia obligar al joven duque de Calabria á seguir otro partido que el que él libremente eligiese, el Gran Capitan, conociendo la ventaja de tenerle en prenda si se pudiese, procuró persuadirle á que se viniera al servicio del Rey Católico, ofreciéndole un estado con treinta mil ducados de renta. El inexperto príncipe parece que despues de algunas vacilaciones llegó á aceptar la proposicion. Mas el conde de Potenza y otros capitanes y personajes adictos al duque, mirando aquellos ofrecimientos como una especie de soborno y engaño hecho á un joven de corta edad, se quejaron de que el general español faltaba á la fe del juramento y violaba la capitulacion, segun la cual el duque debería ir donde buenamente quisiese, y aconsejábanle que se fuese á Francia á incorporarse con su padre. Gonzalo, á quien costaba trabajo soltar tan buena prenda, y que sentia fuese á poder de franceses, entretuvo mañosamente al príncipe, mientras consultaba al rey Fernando y recibia respuesta de este sobre lo que debería hacer de él. Afirmase que Gonzalo usó de no muy honestos artificios para retener al hijo del desgraciado don Fadrique y arrancarle el consentimiento de venir á España, aun contra la voluntad de su padre. En este tiempo recibió instrucciones de Fernando, mandándole que por ningún título soltase al joven duque, sino que le retuviese y destinase á su servicio. En su virtud el duque de Calabria fué embarcado en un navio de guerra y enviado á España á sufrir el trato y suerte de un prisionero de Estado. Así violó el Gran Capitan la fe del tratado de Tarento, pudiendo considerarse como un lunar con que empañó algun tanto el brillo de su claro nombre, que sorprendió mas, viniendo, como dice un moderno historiador, «de un hombre como Gonzalo, de carácter magnánimo y noble, de una vida privada ejemplar, y exento enteramente de los grandes vicios de su tiempo (3).»

(1) Tenia en efecto Gonzalo una hija llamada Elvira, á quien queria mucho y la llevaba consigo en todas las expediciones.

(2) Crón. del Gran Capitan, c. 84.—Giovio, *Vite*.—Quintana, *Vidas*, tom. I, p. 253.

(3) Quintana califica esta accion de Gonzalo en términos tal vez demasiado fuertes. «Este es un torpe borron, dice, en la vida de Gonzalo, que ni se lava ni se disculpa por la parte que de él pueda caber al rey de España, y sería mucho mejor no tener que escribir esta página en su historia.» *Vida del Gran Capitan*, pág. 251.

Tarento y á Manfredonia, que se rindió en seguida á sus oficiales. No conviniendo á Gonzalo romper inmediatamente la guerra con los franceses, por el número mucho mayor de fuerzas con que estos contaban en Italia, acordó verse y conferenciar con el duque de Nemours su general en jefe: mas de las pláticas que los dos caudillos celebraron en la ermita de San Antonio entre Atella y Molfi, léjos de resultar avenencia, no se obtuvo otra solución que la de remitir á la fuerza ó á la fortuna de las armas la parte que cada uno pudiera ocupar del territorio disputado, con lo cual la desgraciada Italia se vió condenada á ver reproducidas en su suelo las antiguas guerras de las casas de Aragon y de Anjou.

Franceses y españoles se culpaban mutuamente de haber llevado las cosas á aquel término. Pero evidentemente habian sido aquellos los primeros á invadir y á apoderarse de las posesiones adjudicadas á España por el tratado. Por otra parte, sin negar nosotros las miras ulteriores que don Fernando el Católico abrigara respecto á la dominación de Nápoles, en esta ocasió fué el monarca francés quien se mostró mas codicioso, mas descontentadizo y mas agresor. En sus quejas de desigualdad, y en sus pretensiones de indemnización, harto hacia el Rey Católico en darle á elegir dos medios: ó remitir la disputa al fallo arbitral del papa y del colegio de cardenales, ó trocar entre sí la partición que tenian hecha. Ni á lo uno ni á lo otro se avino Luis XII, y no podia exigirse mas de Fernando. Pero lo que prueba mas que todo de parte de quien podia estar la culpabilidad del rompimiento, es la poca fuerza que el monarca español tenia á la sazón en Italia, comparada con la del francés, lo desprevenido que aquel se hallaba para la guerra, y los medios amistosos y pacíficos que intentó Gonzalo para evitarla.

Por estas mismas razones, y por encontrarse además las tropas españolas no bien pagadas ni vestidas, el Gran Capitan se limitó, mientras daba lugar á recibir refuerzos y recursos, á concentrar los pequeños destacamentos que tenia diseminados por la Calabria; y habiéndolos reunido primeramente en Atella, allí donde antes habia sido aclamado con el título de Gran Capitan, tuvo por prudente retirarse con la mayor parte de sus fuerzas á Barletta, plaza fuerte en los confines de la Pulla á orillas del Adriático, distribuyendo el resto de su gente en los inmediatos puntos de Bari, Andria, Canosa y otros lugares. Era virey de Nápoles y general en jefe del ejército francés el duque de Nemours, de la antigua casa de Armagnac: el segundo en el mando, aunque el primero en inteligencia, en mérito y en reputación, era el veterano Aubigny: contábanse además otros ilustres y esforzados caballeros franceses, entre ellos Luis de Ars; Ivo de Alegre, hermano del famoso Precy; Jacobo de Chavannes, señor de la Paliza, favorito de Luis XII; y el terrible Bayard, «el caballero sin miedo y sin tacha, *le chevalier sans peur et sans reproche* (1).»

Después de algunas vacilaciones entre los malavenidos caudillos franceses sobre la dirección que se habia de dar á la guerra, determinó el duque de Nemours bloquear á Barletta, tomando antes á Canosa, plaza que defendía con seiscientos hombres escogidos el esforzado Pedro Navarro. Este bizarro español, después de haber rechazado dos asaltos diri-

(1) No es exacto que el caballero Bayard empezara entonces, como dice Prescott, la honrosa carrera en que habia de realizar todas las perfecciones imaginarias de la caballería. Pedro Bayard, como otro Bertrand Duguesclin, se habia señalado desde muy jóven en los torneos por su valor, y por la fuerza de su espada, de su lanza y de su hacha de armas. Se habia distinguido en la expedición de Italia con Carlos VIII; y en 1499, sirviendo á Luis XII, un día persiguió con tanto ardor á los fugitivos milaneses, que se entró el solo tras ellos en Milan, donde fué hecho prisionero. Luis Sforza le restituyó noblemente la libertad.

Los escritores que tratan mas especialmente de estas guerras son, de entre los españoles, Bernaldez, en sus Reyes Católicos; Mártir, en su Opus Epistolarum; el autor de la Crónica del Gran Capitan; Zurita, en los libros IV y V de la Historia del rey don Hernando; Abarca, en sus Reyes de Aragon, tom. II; Quintana, en la Vida del Gran Capitan; y de entre los extranjeros, Paolo Giovio, Vita Illustr. Viror., Vita Magni Gonzalvi; Giannone, Istoria di Napoli; Guicciardini, Istoria d'Italia; Bembo, Istoria Veniziana; D'Anton, y St. Gelais, Hist. de Louys XII; Brantome, Œuvres, Memoires de Bayard, par le Loyal Serviteur.

gidos por Bayard y los principales caballeros franceses, capituló por mandato del Gran Capitan, obteniendo tan ventajosas condiciones, que con un puñado de la gente que le habia quedado, salió con banderas desplegadas y tambor batiente por en medio del campo enemigo gritando sus soldados: ¡Viva España! Aubigny fué destinado á ocupar las Calabrias, donde en otro tiempo habia hecho la guerra, y Nemours se propuso estrechar la guarnición de Barletta y privarla de recursos devastando los campos vecinos. Para inquietar á los franceses en tanto que le llegaban refuerzos, apeló Gonzalo de Córdoba al sistema que con tan buen éxito habia ensayado en Granada, de las salidas y ataques repentinos, de las emboscadas, de las escaramuzas en guerrilla y otras operaciones irregulares, con que mortificaba á los franceses, no acostumbrados á esta táctica singular, les arrancaba el botín y les diezaba sus destacamentos. Daba esto ocasió á diarios combates parciales, los cuales fueron convirtiéndose en célebres desafíos que dieron una fisonomía enteramente caballerescas á esta campaña.

Confesaban los franceses que los españoles eran tan buenos como ellos peleando á pié; pero añadian que sus jinetes llevaban mucha ventaja á los nuestros. Negaban esto último los españoles, y el altercado vino á parar en un mensaje que aquellos enviaron á Barletta diciendo, que pues ellos querian mostrar al mundo quiénes eran, proponian un combate de once caballeros franceses con otros tantos españoles. Aceptaron los nuestros el reto: señalóse día y lugar para el combate, que fué el 20 de setiembre (1502) bajo los muros de Trani, campo neutral que cedieron los venecianos. Escogiéronse los campeones españoles, entre los cuales se contaban el valeroso Diego de Vera y el forzado Diego García de Paredes, que hallándose con tres heridas en la cabeza no quiso faltar á aquel lance de honor. Dióseles por padrino á Próspero Colona, el segundo del ejército español, y el Gran Capitan los llamó á todos á su presencia, y los arengó exhortándolos á pelear como buenos y á ayudarse lealmente unos á otros. Entre los paladines franceses se señalaba el caballero Bayard (2). El día designado se presentaron en la liza unos y otros armados de punta en blanco y en caballos cubiertos con primorosos jaeces. Los padrinos les dividieron el sol, y dada por las trompetas la señal del combate, arremetieron con igual furia los combatientes. En el primer encuentro derribaron los españoles cuatro franceses, matándoles los caballos. En el segundo cayó un español, y asaltado por los cuatro franceses de á pié, le fué forzoso rendirse. Otro francés cayó del caballo sin vida, y otro se rindió también á su contrario. Mezcláronse todos los combatientes, y estremeciéronse los espectadores al ver correr la sangre de unos y otros por entre las armas. En esta confusa refriega solo dos franceses quedaron montados; uno de ellos era el caballero Bayard. Pero estos, atrincherándose detrás de los caballos muertos esperaron á sus contrarios, cuyos corceles espantados á la vista de los cadáveres se resistían á entrar. «Apeaos, les gritaba García de Paredes, y pelead á pié, ya que á mi no me dejan las heridas que en la cabeza tengo.» Y quiso arremeter él solo, pero herido su caballo, tuvo que retirarse para no caer entre ellos.

Era ya puesto el sol, y los franceses movian partido diciendo que todos podian salir como buenos del campo, puesto que confesaban haberse equivocado en no tener á los españoles por tan diestros caballeros como ellos. Inclinábanse todos á aceptar el partido, menos García de Paredes que opinaba ser mengua no acabar de vencer á aquellos hombres ya medio rendidos. Y enojado de que no se siguiera su dictámen, habiendo perdido ya las armas, echó mano á las piedras que servian para señalar el término del palenque y comenzó á lanzarlas sobre los franceses. «Parece al leer esto, dice el biógrafo del Gran Capitan, que se ven las luchas de los héroes en Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podia mover de su sitio.» Admitióse por fin después de cinco horas de combate el partido que los franceses volvieron á ofrecer. Así lo aconsejó Próspero Colona, diciendo que el honor español quedaba satisfecho. Apeáronse todos, se

(2) O Bayardo, que decimos comunmente los españoles.

canjearon los rendidos, los jueces declararon que todos eran buenos caballeros, habiendo mostrado los españoles mas esfuerzo y los franceses mas constancia, y cada cual se volvió á su campo. No satisfizo sin embargo al Gran Capitan el éxito del combate, pues hubiera querido que los suyos hubieran acabado de vencer á los contrarios. El honrado Diego de Paredes, á pesar de haber sido el que en la lid se opuso tan tenazmente á transigir con los enemigos, tomó entonces con loable generosidad la defensa de sus compañeros, y expuso á Gonzalo que harto habian hecho en hacer confesar á los franceses públicamente que los españoles eran tan buenos caballeros como ellos. *Por mejores os envié yo*, replicó friamente el Gran Capitan, y puso término á las contestaciones (1).

Repetíanse frecuentemente estos retos y estas luchas particulares, ya de uno á uno, ya de tantos á tantos, hasta que cansados los franceses llegaron á esquivar las contiendas y á faltar á ellas, ó á responder que de ejército á ejército se verían. Pero hubo un desafío, notable por sus circunstancias, y en que la víctima merecida fué un español. Un oficial llamado Alonso de Sotomayor habia sido hecho prisionero en guerra por el caballero Bayard, el cual le tuvo en el castillo de Monervino, tratándole con toda consideración, y bajo la sola garantía de su palabra. El español, después que recobró su libertad, fué publicando que le habia tratado inhumanamente. El pundonoroso Bayard le desmintió, retándole á que probara lo contrario en singular combate, y Gonzalo de Córdoba le obligó á aceptarle so pena de castigarle como calumniador. Tuvo, pues, que salir al campo, escogiendo pelear á pié, por las circunstancias que en los dos contendientes concurrían. El español era alto, robusto y vigoroso; el francés pequeño de cuerpo, y se hallaba debilitado por unas cuartanas de que aun no estaba restablecido. Ambos entraron en el palenque armados de espada y daga, cubiertos de acero y con las viseras alzadas. Sotomayor se propuso aturdir á su contrario golpeándole atropelladamente; Bayard, mas ágil y mas diestro, burlaba los golpes de su enemigo, y consiguió herirle en un ojo: furioso el español alzó su robusto brazo para descargarle sobre su rival, pero este aprovechó el movimiento para clavarle la daga en la parte que dejaba descubierta la juntura de la gola; la sangre salió á borbotones, y Sotomayor cayó muerto. Cuando los jueces adjudicaron la gloria del combate á Bayard, el caballero sin tacha mandó callar las músicas y se retiró sin jactancia diciendo que hubiera deseado que la lucha no tuviese tan trágico fin. Los españoles no dieron muestras de sentirlo, reconociendo que su indigno proceder habia conducedo á Sotomayor á tan desastroso fin.

Con estos combates caballerescos, en que se ostentaba cierta magnificencia y cortesania, que, como dice un juicioso escritor, cubria con cierto viso parecido á civilización el feroz aspecto de aquellas edades, mantenía Gonzalo el ardor bélico de los suyos, y entretenía al enemigo, dando lugar á que mejorara su situación, que era por cierto bien poco lisonjera, sin víveres, sin vestuario, y sin pertrechos de guerra para su escaso ejército. Ni fondos ni hombres llegaban de España; los franceses estrechaban cada vez mas á los de Barletta, y Fernando parecia tenerlos olvidados. El Gran Capitan, cuyo espíritu no decaía nunca, se esforzaba por dar aliento y esperanzas á sus soldados, valiéndose á veces de ardid, como el de fingir que habia llegado un gran cofre lleno de oro, pero que lo reservaba para un caso extremo. Unos no lo creían, y otros lo tuvieron por verosímil, mediante á haber arribado dos barcos de Sicilia y Venecia con vestuario y algunos pertrechos. Mas el buen efecto de este pequeño auxilio se neutralizó con la triste nueva de haber derrotado Aubigny dos cuerpos de ejército que iban de España y de Sicilia. De modo que Aubigny dominaba toda la Calabria, el almirante francés cruzaba con su escuadra el Adriático cortando toda comunicación y socorro, y la situación de los de Barletta era ya tan apurada, que solo la prudencia de Gonzalo, su impasibilidad y hasta su aparente alegría en los sufrimientos, y el amor y el respeto

que habia sabido inspirar á sus soldados, pudieron evitar una insurrección; antes lo admirable fué que en un sitio tan largo y penoso, y en medio de aquel abandono, y de las escaseces, privaciones y penalidades, no se oyera un solo murmullo, ni se notara un solo síntoma de insubordinación.

Así las cosas, y llegado ya el año 1503, cansados y hasta irritados los franceses de la constancia inalterable de los españoles, determinó Nemours salir de Canosa, cruzó el Ofanto, tomó posiciones al pié de los viejos muros de Barletta, y envió un mensaje al Gran Capitan provocándole á batalla. «No acostumbro á combatir, respondió Gonzalo con mucha sangre fría, cuando á mis enemigos se les antoja, sino cuando la ocasió y las circunstancias lo piden: así, esperad á que mis soldados tengan tiempo de herrar sus caballos y limpiar sus armas.» El general francés, viendo que no habia medio de comprometer á su sagaz enemigo, levantó el campo y se fué retirando con cierta confianza de vencedor. Entonces de orden de Gonzalo salió el esforzado Diego de Mendoza con toda la caballería, alcanzó la retaguardia del enemigo que marchaba sin precaución, trabó con ella una pequeña escaramuza, fingió retirarse hasta donde estaba la infantería española que habia salido á protegerle, viéronse los franceses atacados de improviso por los flancos, volvió grupas el intrépido Mendoza, los franceses fueron envueltos y arrollados, y cuando el duque de Nemours supo la derrota de los suyos, ya estaba Mendoza con los prisioneros al abrigo de las murallas de Barletta (2).

La fortuna comenzaba á sonreír á los sufridos españoles. El almirante Lezcano batió y derrotó en las aguas de Otranto la escuadra francesa, con lo cual quedaron libres los mares, y pudieron á poco tiempo arribar á Barletta siete naves sicilianas cargadas de provisiones para los sitiados, que bien las habian menester después de tantas privaciones y escaseces. La ciudad de Castellana, á seis leguas de Tarento, exasperada por los excesos de los franceses, habia tomado la resolución de entregarse á los españoles Luis de Herrera y Pedro Navarro. Y como el duque de Nemours saliese de Canosa, respirando venganza, á castigar la población rebelde, aprovechó Gonzalo aquella ocasió para ponerse aceleradamente con casi todas sus fuerzas sobre la plaza de Ruvo, que defendía el valeroso comandante francés Chabannes, señor de La Paliza. Al amanecer cayó el ejército español sobre Ruvo, habiendo andado de noche las catorce millas que la separan de Barletta. A las cuatro horas se hallaba rota la muralla, pero no fué tan fácil penetrar por la brecha, porque los franceses la defendieron por espacio de siete horas con heroico brío, como mandados por tan bizarro capitan. Corrió la sangre de españoles y franceses en abundancia. Al fin rompieron los nuestros aquel parapeto de carne, entraron en la plaza y arrollaron el resto de la guarnición. La Paliza herido se arrojó á una pared, donde se hizo fuerte con su espada contra la multitud que le rodeaba y acometía, cuyo hecho nos recuerda el de D. Alonso de Aguilar apoyado en una roca de Sierra Bermeja luchando solo con una muchedumbre de moros. Herido por muchas lanzas el francés y derribado al suelo de un golpe en la cabeza, todavía tuvo espíritu y arrogancia para arrojar su espada, diciendo, á guisa de caballero andante, que no queria entregarla á la gente villana que le hacia prisionero. El Gran Capitan mandó dar libertad y tratar con todo respeto á las mujeres que se habian refugiado en los templos, recogió el botín, y logrado el objeto de la expedición, se retiró á Barletta con la

(2) Entre los prisioneros de esta acción se hallaba el capitan francés La Motte, el cual, cenando aquella noche con Mendoza, soltó expresiones injuriosas á los italianos, añadiendo que era una pobre gente para la guerra. Defendiólos el español Íñigo Lopez de Ayala, pero el francés mantuvo su dicho y se ofreció á hacerlo bueno en el campo. Súplico Próspero Colona, y queriendo vindicar la honra de los de su nación, aceptó el reto del francés, y propúsole un combate de trece contra trece con armas iguales. Gonzalo de Córdoba aprobó el duelo y les aseguró el campo. Realizado el combate, salieron vencedores los italianos, y llevando á todos sus contendientes prisioneros, menos uno que murió en la liza, se presentaron orgullosos al Gran Capitan, que los protegia como aliados, y los obsequió con un banquete y los honró con distinciones.—Todos los historiadores italianos refieren larga y minuciosamente este suceso con cierta jactanciosa complacencia.

(1) Crón. del Gran Capitan, c. 53.—Memorias de Bayard, capítulo 23.—D'Anton, Hist. de Louys XII, part. II, c. 26.—Brantome, Obras, t. III.—Quintana, Vidas, tomo I, p. 258 y sig.